

MISCELÁNEA

Alberto Adriani: la huella de un visionario*

OLIVAR, José Alberto**

1. El epistolario de un economista.

Hacia 1925 sobre la Europa de la postguerra gravitaba una marejada de intereses que hacían cola a la zaga de dirimir sus posiciones fuera del ámbito diplomático. Uno de ellos lo protagonizaban los camisas negras italianos que rememoraban las glorias del desaparecido imperio romano y por otro lado el belicoso nacionalismo alemán que exigía la reconstrucción de una nación duramente castigado por los aliados triunfantes. Para entonces, Alberto Rómulo Adriani Mazzei, se encontraba cumpliendo funciones de Cónsul de Venezuela en Ginebra. Durante su estancia diplomática aprovecha para matricularse en la Universidad de Ginebra, donde en poco tiempo obtuvo el título de licenciado en Ciencias Sociales.

Paralelamente, acudía a presenciar las deliberaciones de la Asamblea de la Sociedad de Naciones, en calidad de secretario de la representación venezolana. En estas funciones departe con personalidades de la talla de Diógenes Escalante, Santiago Key Ayala y Caracciolo Parra Pérez, quienes con la medida de sus apreciaciones influyeron en la formación intelectual y política del joven estudiante.

* Nota de los editores: culminado y recibido en septiembre de 2007 y aprobado para su publicación en octubre del mismo año.

** Profesor del Departamento de Geografía e Historia del Instituto Pedagógico de Caracas. Miembro del Centro de Investigaciones Históricas “Mario Briceño Iragorry”. Magíster Scientiarum en Historia Republicana de Venezuela egresado de la UCV, candidato a Doctor en Historia en la UCAB.

En estas actividades se encontraba cuando recibe una carta de su viejo protector y amigo el Dr. Esteban Gil Borges. Por aquellos años el aplomado ex – canciller, desempeñaba la subdirección de la Unión Panamericana en Washington. En su comunicación invita a Adriani a trasladarse a los Estados Unidos, a fin de contar con su colaboración personal. A su llegada a la capital norteamericana, Gil Borges, promoverá su designación como primer jefe de la Sección Agrícola de la Unión Panamericana.

La visión de Adriani se ve enriquecida por esta experiencia que venía a reforzar sus apreciaciones en torno al papel de la agricultura en el desarrollo de los pueblos. Para entonces comenzaba a preconizar la necesidad de establecer organismos de investigación y exploración científica, capaces de reconocer el estado de los suelos, así como de los posibles cultivos a desarrollar, fortaleciendo los existentes, planteaba además, la necesidad de potenciar la actividad ganadera.

Su trabajo en el seno de la Unión Panamericana le permite participar en los preparativos de la VI Conferencia Panamericana, realizada en la Habana en 1928, así como en otros eventos afines en calidad de representante de Venezuela. Una vez en ejercicio de la jefatura de la Oficina de Cooperación Agrícola, resaltaron sus aportes en la organización de la Primera Conferencia Interamericana de Agricultura, Selvicultura e Industria Animal, llevada a cabo en la capital norteamericana en la primera quincena de septiembre de 1930, a la que finalmente no pudo asistir por haber renunciado al organismo, en enero de ese año.

Su participación en aquellas actividades le facilitó constatar los pormenores de la dinámica agrícola y comercial de los países latinoamericanos, sobre todo en sus relaciones con los Estados Unidos. Durante su permanencia en Washington se produce el estallido de la gran depresión mundial de 1929, en que los precios de los principales productos de exportación agrícola, sufrieron un vertiginoso descenso a causa de una incontrolada sobreproducción que no encontraba demanda en los mercados internacionales.

La agudeza técnica de Adriani le llevó a describir el proceso detonante de aquella crisis que en su opinión era el resultado de

unas valorizaciones mal concebidas y en consecuencia mal ejecutadas. Señalaba que las maniobras orquestadas por los gobiernos y las organizaciones de productores agrícolas, tendentes a presionar el alza de los precios mientras almacenaban los sobrantes, llevaron contraproducentemente a inflar la producción.¹

Adriani tendía a coincidir con las observaciones de otros economistas que planteaban la necesidad de unificar esfuerzos, en aras de una cooperación internacional que permitiera resolver en parte el problema de producción y distribución mundial de la época. La visión internacional de Adriani para el abordamiento de la problemática agrícola, no sólo se remitía a ver buenos ojos las iniciativas unitarias entre productores y consumidores, tal como lo manifiesta en uno de sus muchos artículos publicados en Caracas, al reseñar los acuerdos y resoluciones de la Iª Conferencia Agrícola Interamericana celebrada en Washington en 1930. Sino que insistía en la urgencia de encarar en forma paralela la introducción de nuevos procedimientos tendentes a mejorar la productividad agrícola y el estímulo a la inmigración de la mano de obra, aspecto que será una constante en su prédica a favor del desarrollo. Al respecto afirmaba:

*“Naciones despobladas no pueden tener vida económica activa y en ellas la afluencia de inmigrantes trae un aumento automático y considerable de sus riquezas (...) es necesario agregar las ventajas provenientes de la introducción de hábitos civilizadores, de costumbres y conocimientos útiles en agricultura, en artes y en la ciencia del gobierno”.*²

La persistencia del economista se mantiene en pie, su epistolario casi permanente, ocupó columnas completas en los periódicos, boletines y revistas que tenían espacio en Venezuela, lo cual le permitía mantener contacto con su patria. Cada artículo escrito por Adriani, resultaba una luz en el penumbra en medio de la inexistente discusión interna. Sus líneas tratan sobre temas diversos como la inmigración, valorización de los precios del café en el mercado internacional, entre otros.

Pese a los años que mantenía fuera del país, Adriani evidenciaba en sus escritos un admirable conocimiento de la realidad

venezolana. Entendía muy bien los ligamentos de una superestructura llena de trabas que respondían a intereses ajenos, muy distantes a un modelo propio de desarrollo.

Ciertamente, mientras los más espigados representantes del poderío establecido en Venezuela, defendían plácidamente los discursivos balances de la “Rehabilitación Nacional”, Adriani tuvo la osadía de rasgar los velos impúdicos de un proceso económico arcaico y usufructuario de un medio postrado en la servidumbre.

Ese sentido práctico de la realidad circundante en Venezuela que será un elemento permanente en su pensamiento, puede encontrarse en uno de sus numerosos artículos enviados al Boletín de la Cámara de Comercio de Caracas, en julio de 1932 titulado *La Carretera y el Ferrocarril: Una equiparación imposible*. No en balde la nota introductoria que hacen los editores al citado artículo, califica Adriani de “...persona autorizada en materias económicas y que además escribe con agrado y precisión”.³

En su artículo Adriani realiza un detallado estudio que en forma directa contraviene las argumentaciones esbozadas en un controvertido ensayo, publicado en el mismo boletín titulado *Servicio Público de Transporte Terrestre* en el que se defiende el desempeño de las empresas ferrocarrileras y se solicita el establecimiento de restricciones al servicio de carreteras nacionales.

Adriani describe el estado deplorable de los ferrocarriles existentes en Venezuela, el alto valor de los fletes y la onerosa carga que han representado para el Estado, haciendo hincapié en la poca o nada contribución de los mismos en la solución de los problemas de comunicación y facilidad para la producción. Explica los beneficios deparados por las carreteras, apuntando que:

*“El automóvil es más eficiente, más rápido y más económico que el ferrocarril, de manera que puede decirse que no hay en Venezuela ningún ferrocarril, decimos ninguno que no pueda sustituir con ventajas para el interés público por una carretera”.*⁴

La polémica desatada por Adriani, no tardaría en producir una réplica ante los planteamientos del intrépido analista económico. En efecto, el Dr. Parra León, autor del artículo que defendía las empresas ferrocarrileras, insertó una nota aclaratoria en el referido boletín para refutar los conceptos emitidos por Adriani. En la nota aclaratoria, Parra León, crítica la falta de estadísticas capaces de sustentar las razones del joven articulista y concluye expresando que:

*“...Si Adriani comprueba que en mis cálculos y estadísticas hay error. Que el transporte comercial por automotor es menos costoso que el llevado a cabo por ferrocarril y que estos no son factores necesarios dentro de la organización económica, seré el primero en darle la razón (...) a su artículo que ‘anatematiza’ nuestros ferrocarriles”.*⁵

Otras notas en defensa de los ferrocarriles son encartadas por colaboradores de la compañía alemana “Gran Ferrocarril de Venezuela”, cuya gerencia había extendido una felicitación al Dr. Parra León por desarrollar una tesis de enorme interés nacional. Adriani prefiere no responder públicamente a los provocadores de oficio. Sin embargo, el debate es despejado por la oportuna participación de Don Vicente Lecuna, reputado por sus conocimientos en economía e historia, el cual trata el asunto con ecuanimidad, afirmando lo siguiente:

*“Se debe dar a los que crean la producción toda clase de facilidades y entre estas, la más importante es el abaratamiento de los transportes (...) Creemos que será antieconómico y antipolítico cualquier sistema que tienda a levantar las tarifas de fletes, aun para salvar a los ferrocarriles de la crisis que atraviesan”.*⁶

Para entonces ya Adriani había regresado a Venezuela, una sólida preparación albergaba sus sienes, era un hombre de un aquilatado conocimiento. Su paso por Caracas fue presuroso, apenas atendió los requerimientos solicitados por el Canciller Pedro Itriago Chacín, se enfiló con rumbo a su pueblo natal Zea. Allí se adentra de nuevo en la singularidad del campo, en la sabiduría intrínseca que

aflora en el piedemonte andino, rodeado por la cotidianidad del trabajo cafetalero que explora a pie o a lomo de mula.

No iría a echar raíces en aquel lugar, su innata inquietud le estimulará a viajar eventualmente a San Cristóbal o a Maracaibo, incluyendo un breve paso por Colombia que le permitiría conocer de cerca el movimiento cafetalero de la región. La percepción de las consecuencias inmediatas de la gran depresión de 1929 en el desenvolvimiento de la economía venezolana, generaría honda preocupación en Adriani, el cual veía con alarma el aniquilante peso de la crisis sobre los precios del café.

*“Cuando estalló la crisis de 1929 en los Estados Unidos y se sintieron luego sus efectos en Venezuela, la situación de los prestatarios no podía ser menos desastrosa. El precio del café descendió de Bs. 201,80 (100 Kg.) en 1929 a 114,30 (100 Kg.) en 1930 y continuó bajando sucesivamente hasta llegar a Bs. 57,50 (100 Kg.) en 1935 (...) Por esta razón, entre 1929 y 1936 las pérdidas de los agricultores fueron considerables y el Banco Agrícola y Pecuario tuvo que confiscar muchas de las propiedades de los agricultores prestatarios por incumplimiento del pago de sus deudas”.*⁷

Adriani va a ser la voz cantante que permanente exigía en sus continuos artículos, cambiar los esquemas de producción para sobrevivir a la terrible crisis, esgrimiendo argumentos en contra de la excesiva dependencia y acento monoprodutor que había caracterizado a Venezuela desde sus primeros años de vida republicana.

A su entender, construir una economía sólidamente auténtica requería deslastrarse de las viejas concepciones que sedentarizaban el ánimo de los productores del campo. Diversificar era la palabra clave que planteaba Adriani. Auguraba con toda propiedad el fin de la época predominante del café en Venezuela, pero veía con horror las inclinaciones de algunos interesados en sustituir la actividad agrícola por la naciente industria petrolera. Estimaba que aquella industria, no era más que *“...una provincia extranjera enclavada en el territorio nacional”*.⁸ Salir de la pesadilla de la dependencia del

café para sumergirnos por entero en el líquido fosilizado del petróleo, era a su parecer una equivocación flagelante.

Comprendía Adriani que el proceso diversificador de la economía tenía no pocos inconvenientes, muchos de ellos arraigados en la cultura intrínseca del venezolano. Para superar estas trabas, Adriani proponía sentar las bases de un claro proyecto de regeneración económica, constituido por el estímulo a la inmigración extranjera a fin de poblar los territorios aun desiertos y contribuir al mejoramiento de la raza, elevando el nivel cultural del venezolano.

Asimismo, planteaba acelerar el proceso de integración nacional a través de un vasto sistema de comunicaciones que se asociara con los esfuerzos de colonización del territorio. Paralelamente, reiteraba la necesidad de diversificar la producción agrícola por medio de innovadores mecanismos de carácter científico.

Sin embargo, frente al conjunto de propuestas enarboladas por Adriani, los encargados de ejercer funciones de gobierno no acogieron ninguna indicación previsa y por el contrario emprendieron, ya en forma tardía, iniciativas simplistas que se correspondían más bien a nuevas formas de manutención con cargo al erario obtenido por el petróleo, de donde surge los primeros subsidios imbuidos por la acción benefactora de un Estado que comenzaba a perfilar rasgos de coloso en ascenso.

El efecto de la depresión mundial había hecho mella en las botijas de los hacendados y comerciantes, en los cuales el pánico su mayor consejero. De allí su iniciativa de acudir al “Benemérito General” para invocar su protección. El desplome económico de los rubros de producción va a traer consigo el descenso más pronunciado en el nivel de subsistencia de jornaleros y peones que a la vuelta de los meses vinieron a engrosar el flujo migratorio hacia nuevos campos, pero de explotación petrolera donde se hablaba de progreso y bienestar.

Al respecto Adriani describe la dramática situación de entonces:

“Aquí yo no he visto morir la gente de hambre, pero si he visto familias enteras que están enfermas y apenas pueden

*trabajar, porque no tienen con que alimentarse. A cada paso se ven rostros pálidos, descarnados, anémicos que parecen ya sin vida, y esto no es literatura (...) Son muchos los agricultores y comerciantes quebrados y desbaratados”.*⁹

Los subsidios otorgados a duras penas por el régimen gomecista, no resolvieron el fondo del problema, era una forma de clamar ánimos y de mantener adhesiones a la causa. Desde un primer momento Adriani se muestra en desacuerdo con la medida oficial y se pronuncia por: *“No imponer la mendicidad obligatoria y trocar los agricultores en mendigos que agradecen la dádiva sino producir y saber que vamos a producir. Es lo que necesita la economía”.*¹⁰

Por otra parte alegaba que una política indiscriminada de subsidios conduciría a crear males mayores, donde en el peor de los casos, el beneficio otorgado no lograba llegar a los agricultores y se perdía en las manos de los especuladores que negocian la producción. Frente a esta coyuntura Adriani plantea nuevas alternativas que califica de “menos desagradables”, se trataba de proceder a la inmediata devaluación significativa del Bolívar siguiendo la línea depreciatoria del dólar, establecido en los Estados Unidos.

Para Adriani, la sobrevaluación del Bolívar con respecto al dólar era la fuente primaria del estancamiento del valor remuneratorio de los productos agrícolas. Precisaba además con ejemplos de otros países de economías predominantemente agropecuaria que no dudaron en desvalorizar sus monedas en proporciones aun mayores que el mismo dólar, a fin de garantizar la rentabilidad de sus exportaciones con los Estados Unidos.

Paralelamente, sugería aprovechar la oportunidad a los efectos de estudiar a fondo, la posibilidad de instituir en Venezuela la figura de un Banco Central, capaz de manejar eficazmente las políticas de circulación monetaria y del sistema de crédito de acuerdo a los intereses de la economía nacional, tal como lo recomendaban diversas conferencias económicas realizadas en Europa, a las que Adriani citaba con frecuencia.

Sin embargo, la audaz iniciativa no contó con el beneplácito de la elite gubernamental:

*“Ellos también tienen argumentos muy serios, puesto que como las compañías petroleras debían pagar sus impuestos en bolívares oro a la par legal, si se tomase la decisión de depreciar la unidad monetaria venezolana, eso equivaldría (...) a beneficiar a dichas empresas a costa del Tesoro Nacional”.*¹¹

Frente a las posiciones sostenidas por los sectores contrarios a la medida, Adriani insistía en sus planteamientos que iban en concordancia con la noción que poseía en torno al papel del Estado como agente interventor, capaz de fiscalizar los impuestos existentes e incluso de crear nuevos impuestos que permitiera ejercer el control social sobre el rédito de las grandes fortunas. De esta forma introducía una nueva variante que vendría a constituirse en el embrión originario de la reforma tributaria en Venezuela .

Pese al desacuerdo generalizado, Adriani se esforzó en mantener vivo el debate, escribiendo nuevos artículos, enviando cartas a connotados hombres de influencia, entre los que figuraban Vicente Lecuna, Julio Planchart, entre otros, donde ampliaba sus argumentos que podían hacer factible la devaluación de la moneda.

Pero el momento de ejecutar las ideas por años defendidas no había llegado aún. No obstante, el duro batallar de sus prédicas en medio de un ambiente lleno de mentalidades tradicionales depararía frutos en el futuro inmediato. En la época se vivían momentos de incertidumbre, un nuevo tiempo comenzaba a despuntar sus primeros visos de luminosidad a medida que el “caudillo de diciembre” desaparecía de la faz de tierra. La hora de la acción se aprestaba a sonar.

2. El Ideario llevado a la práctica

¡Gómez ha muerto!. Es la expresión que se recoge en los ánimos venezolanos de diciembre de 1935 y junto con él muere un tiempo cargado de años que parecían no tener fin. Una vez más la muerte de un hombre que personifica el poder, representa para Venezuela toparse con la encrucijada dramática de escoger nuevos caminos para continuar su recorrido.

El latir de un pueblo exaltado no se hace esperar, al tiempo en que la lápida finamente esculpida cubría el sepulcro del “Benemérito General”, se zafaba la mugrienta mordaza que apretujaba los labios de una muchedumbre ansiosa de balbucear aquella palabra mil veces prohibida: Libertad.

El regreso de los exiliados permite nutrir de líderes a la temida hidra de mil cabezas que representa el pueblo en la calle, dispuesto a ejercer el dominio de la Democracia originaria. Era el dominio de la voluntad general que había perdido el miedo a expresarse libremente. Alberto Adriani no rehuye de aquel momento de efervescencia colectiva, se incorpora de lleno a la legítima tarea de canalizar aquella marejada, ávida de reivindicaciones postergadas por largos lustros de silencio opresor.

De allí que en unión de su amigo Mariano Picón Salas se lanza a la arena política, fundando el Movimiento de Organización Venezolana (ORVE) con el propósito de congregar en sus filas a todos los sectores democráticos interesados en la liquidación de los grupos dictatoriales.¹²

ORVE no será en sus primeros meses de gestación propiamente un partido político, sus promotores los autocalifican de movimiento integrador, en donde tenían cabida una diversidad de variantes sociales, anteriormente dispersas o difusas a causa del despotismo.

En el ambiente apretujado de sus reuniones plenarios era común ver obreros, artesanos, estudiantes, comerciantes, empleados, industriales, periodistas, escritores y otras personas de profesiones liberales, amalgamados en la idea de incorporarse a trabajar por la construcción de una Venezuela moderna.

Ese era el objetivo que procuraba afanosamente inculcar Adriani en sus intervenciones. “Buscar los que nos une y no lo que nos divide” sería la constante en su prédica política, donde dejaba a un lado el exasperado debate ideológico entre partidas fanatizadas que dividían el esfuerzo creador de resolver los problemas.

En el manifiesto publicado por ORVE sobresale el interés de modernizar las bases políticas y administrativas del país, destacando lo siguiente:

*“El Estado personalizado de los Gómez y su clientela, debe ser remplazado por un Estado nacional que ofrezca justicia, protección y eficiencia a todos los venezolanos(...) Queremos organizar un país en que cada hombre unifique y concilie la discordia colectiva”.*¹³

Resalta además entre los puntos programáticos del novel movimiento la esencia del pensamiento económico de Adriani, en cuanto al establecimiento de planes de inmigración y colonización y un sistema de comunicaciones que fortalezca la economía nacional. Pero el campo de acción de Adriani no sería propiamente el de la panfletaria y discursiva lucha política, sino el de la participación directa en los escenarios de toma de decisión.

El nuevo jefe de gobierno, General Eleazar López Contreras, hereda un país en ebullición pero a la expectativa de sus primeras definiciones que pudieran tender un puente transicional entre la tiranía y la libertad. Para ello procura rodearse de un equipo de hombres notables prestos a dar su aporte a favor de ese propósito.

Para entonces Alberto Adriani ha consolidado una aureola de prestigio por sus aseveraciones en torno a los más agudos problemas venezolanos, por lo que es llamado a participar en la elaboración de un plan de gobierno, denominado “Programa de Febrero”. Ya Adriani había tenido la oportunidad de comprobar la voluntad de hacer del nuevo presidente.

A pocos días de encargarse del gobierno, el General López Contreras ordena la compra de gran parte de las existencias de café, a precios altamente significativos los que vino a dar un ligero respiro a los extenuados productores. Empero, Adriani en su condición de productor cafetalero expone en franco telegrama enviado al Presidente de la República, las distorsiones que podía generar la aplicación indiscriminada de la medida, sobre todo a finales de una cosecha que en gran parte ya había sido entregada a los intermediarios. Por

otra parte, aprovecha la oportunidad para proponer la extensión del benéfico decreto de compra a los demás rubros de producción agropecuaria.¹⁴

La respuesta obtenida no sería la indiferencia, por el contrario el General López Contreras, invitó a Adriani a trasladarse a Caracas a los fines de ayudar a corregir lo que debía ser corregido. Con esa premisa que decía mucho a favor del nuevo Presidente, Adriani se incorpora a la desveladora tarea de trazar los lineamientos del programa administrativo, donde quedarán impresas varias de las propuestas esbozadas en sus ensayos, como la creación de un Banco Central de emisión monetaria, el fomento a la inmigración extranjera, un plan de comunicaciones y la puntilla más trascendente lo representó la creación del Ministerio de Agricultura y Cría, con funciones específicas, capaz de dirigir la formulación de un plan de desarrollo agrícola con bases técnicas.

Al cabo de unos días es designado como primer titular del recién creado despacho ministerial. Fue breve pero lleno de intenso proceder el paso de Adriani por el Ministerio de Agricultura, dejando sentados los pilares de una cartera resuelta a dar un sólido empuje al ideario largamente preconizado por el economista.

La dinámica política de la época y la necesidad de imprimirle vigor a los proyectos económicos del gobierno, conllevaron al traslado de Adriani al Ministerio de Hacienda desde donde se impone el objetivo puntual de introducir reformas a fondo en la administración fiscal y financiera del Estado venezolano. El resultado tangible de ese intenso trabajo se vio en la presentación ante las Cámaras Legislativas de los proyectos de Ley de Aduanas, de Hacienda y de régimen de Rentas Nacionales, así como el adelanto de los estudios tendentes al establecimiento del Banco Central de Venezuela.

El tiempo estaba en contra de ejecutar proyectos y nuevas iniciativas. Empero, ¿cuál tiempo?, acaso el de un país en permanente devenir de días y noches generacionales o el de un hombre entregado a la prolija tarea de hacer obra patria, hasta el preciso instante en que el latir de su pecho señalara el final de su

vida. Así el joven brillante, el economista esclarecido y el ministro ejemplar, habría de cumplir su dilatada trayectoria ciudadana al servicio de una causa única y exclusiva, estimular el salto de una Venezuela agreste y monoprodutora a una Venezuela moderna y civilizada.



Retrato de Alberto Adriani.
Oleo del Cardenal Humberto Quintero
<http://www.fundacionalbertoadriani.org.ve/>



Fotografía de Alberto Adriani.
<http://albertoadriani-merida.gov.ve/portal-alcaldias/Noticias?id=5745>

Notas y Bibliohemerografía.

- ¹ *Adriani, Alberto, Labor venezolanista*. Caracas, Academia Nacional de Ciencias Económicas, sexta Edición, 1989, p. 224.
- ² *Ibíd*em, p. 144.
- ³ *Boletín de la Cámara de Comercio de Caracas*, Año XXI, N° 224, 1 de julio de 1932, p. 5539.
- ⁴ *Ibid*.
- ⁵ *Boletín de la Cámara de Comercio de Caracas*, Año XXI, N° 225, 1 de agosto de 1932, p. 5566.
- ⁶ *Boletín de la Cámara de Comercio de Caracas*, Año, XXI, N° 226, 1 de septiembre de 1932, pp. 5591, 5592.
- ⁷ Irene Rodríguez Gallad: “Perfil de la Economía Venezolana durante el régimen gomecista” en Pino Iturrieta, Elías (Compilador), *Juan Vicente Gómez y su época*. Caracas, Monte Ávila Editores Latinoamericana, 1993. p. 103.
- ⁸ *Adriani, Alberto, Ob. Cit.*, p. 197.
- ⁹ *Ibíd*em, p. 335.
- ¹⁰ *Ibíd*em, p. 179.
- ¹¹ *Caballero, Manuel, Gómez el tirano liberal*. Caracas, Monte Ávila Editores Latinoamericana, 1995, p. 331.
- ¹² *Magallanes, Manuel Vicente, Los Partidos Políticos en la Evolución Histórica Venezolana*. Caracas, Editorial Arte, 1977, p. 254.
- ¹³ *Ibíd*em, pp. 255 – 256.
- ¹⁴ “Telegrama de Alberto Adriani al Señor General Eleazar López Contreras, Encargado de la Presidencia de la República, fechada en Zea el 23 de diciembre de 1935”, en Szinetár Gabaldón, Miguel, *El Proyecto de Cambio Social de Alberto Adriani 1914-1936*. Caracas, Centro de Estudios del Desarrollo – Universidad Central de Venezuela, 1998, p. 199.